

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO OCTAVIO PAZ DE POESÍA Y ENSAYO 1998

GONZALO ROJAS

Señor Presidente de la República,
Don Ernesto Zedillo
Autoridades del Gobierno y de la Cultura
Escritores y amigos:

Mucho inmerecido se me dio en el comercio portentoso con los poetas del Mundo: dialogué los arcanos con Breton en la Rue Fontaine, con Mao que alguna vez dijo: "Deseo medirme con los dioses", bajé a las minas del carbón de Chile en el submar de Lota allá abajo con ese loco de Allen Ginsberg, vi el rostro de Vallejo entre la nubes de ese avión a diez mil metros, discutí en mis infancias con Huidobro, dialogué largo con Neruda quien durmió tantas veces en mi casa; así y así habré visto a tantos, a Borges esa vez en Yale quien naturalmente no me vio, a Celan fantasmal en el minuto de saltar al Sena, o a Darío cuando se me apareció en plena adolescencia entre el gentío de Valparaíso allá por el 35. Pero ninguno nunca me fue más próximo en el plazo de mi respiro que este Octavio Paz, quien dijo el fundamento entre nosotros como nadie: parco y lúcido y adivino hasta el fin, desde la transparencia del rigor y el vaticinio. No hablamos mucho pero dialogamos mucho, línea a línea, sobre la apuesta de ser, pues como dice Hölderlin: *Was bleibt aber, stiften die Dichter*. "Pero lo permanente, eso, lo fundan los poetas".

Muchas veces me han preguntado estos días en lo fosfórico de las cámaras de televisión y en las entrevistas —en Buenos Aires y aquí mismo en México— si la poesía viene de baja frente al ascenso de las mareas tecnológicas que no cesan hasta llegar a lo equívoco de la tecnolatría. Sí: la Palabra perdurará, como perdurará el silencio sin el cual no hay palabra. Porque hay que entrar en el callamiento para entender lo que es la palabra, el alfabeto del sonido con su armazón de sílabas. Los oficiantes del día no saben lo que es la sílaba progenitora, y apenas llegan al stop del fax. No quieren saber lo que es la sílaba, les basta con la vistiosidad; y —en cuanto al ritmo— ¿qué será ritmo?

Pero la palabra perdurará, salvo que los estragos

de la clonación sigan envileciendo al planeta. ¡Ni así! Lo ser es lo sido, y la tecnolatría pasará como las otras pestes. No hay que ser adivino. *Se habría oído decir*, como dicen mis paisanos en El Renegado. *Se habría oído decir* que la computación sabe más de las estrellas que la imaginación libérrima. Otra cosa es que los poetas de hoy debemos fisiquear y no metafisiquear y estudiar biología, matemáticas y cuanta ciencia.

Está bueno de soplo divino, ¿qué fue de la realidad? La cosa está aquí y esto está lleno de tumbas. De tumbas sin sosiego, Cyril Connolly. "Los poetas hablando de poesía nueva: chacales gruñendo en torno de un manantial seco". Ay, la palabra, ¿qué hacemos con la palabra? Por una parte sí, y por otra parte no. Ponerla en tela de juicio, por lo menos. Lean por ahí mi "Sermón del estallido": ahí está ese hueso de roer.

Diffícil recibir el premio más honroso del idioma. Me estremeció la voz de Octavio cuando él mismo me lo dijo el otro día por el teléfono.

Con ochenta en las costillas y veinte años en el corazón, hago mfo el *Gaudeamus igitur juvenes dum sumus*, porque de veras hay mocedades y mocedades: las veinteañeras y las octogenarias. Yo ando en el oxígeno fresco de las mocedades octogenarias desde el último diciembre. Total, Octavio Paz se me habrá adelantado unos tres minutos. Además —como todos los poetas— vengo simultáneamente del norte y del sur, del este y del oeste, y he vivido largo en muchos párrafos del planeta, de los hielos a los trópicos y de las cordilleras al mar. Así, yendo—viniendo, viví en China y en las tres Américas; en Europa viví. *Herr Professor* en Alemania desde una cátedra fantasmal, titular en Caracas desde una cátedra real, *Visiting Professor* en Columbia, New York; en Chicago tres veces y asimismo en Pittsburgh, en Austin, Texas, y ya no se cuántas en las montañas Wintas —afluentes de las Rocallosas— en un valle que se me da como otro Elqui de Gabriela Mistral, por rarísima imantación, en cuanto a que —como ella— en carácter de viejo galeote, he remado el oficio de enseñar y ser enseñado por los jóvenes

de este mundo y aún no suelto los remos. Aprendiz interminable desde el Bfo-Bfo sigiloso cantado por Alonso de Ercilla hasta las nieves de Provo, nada hice por alcanzar renombre alguno más allá del nombre parco que me puso mi padre, pues —poeta a la intemperie y desinstalado en el mejor sentido— siempre fui un movedizo y hasta un errante y sólo amé la libertad con todos sus riesgos.

Más que géometra equidistante, fui un *anarca* conforme al término esclarecedor del viejo Ernst Jünger. Disidente y nunca obsecuente, mi pasión ha sido entonces la búsqueda; la búsqueda del absoluto. Por eso no fui el hombre de la adhesión total y estuve lejos del sectario. Ni me instalé con negocio alguno en cuanto a ortodoxia. Al negocio preferí el ocio, como todos los poetas. Así y todo, luché contra la injusticia y creo haber colaborado en la construcción o la armazón de la Patria Grande. Por lo menos fui un testigo de mi pueblo y de mi tiempo, sin alcanzar la altura de Octavio Paz. Alguna vez, allá por el 73

sombrío de los chilenos, pude haber desaparecido como tantos otros por orden de no se quién, pero los dioses no lo permitieron.

Alumbrado de mí, doy un salto hacia atrás y entro por un instante en el destello de la infancia. Lo que de veras amas, no te será arrebatado. Voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu tormentoso y oigo, tan claro, la palabra "*relámpago*". "Relámpago, relámpago". Y voy volando en ella, y hasta me enciendo en ella todavía. Las toco, la huelo, las beso a las palabras, las descubro y son más desde los seis y los siete años; más como esa veta de carbón que resplandece viva en el patio de mi casa. Es el año 25 y recién aprendo a leer. Tarde, muy tarde. Tres meses veloces en el río del silabario. Pero las palabras arden: se me aparecen con un sonido más allá de todo sentido, con un fulgor y hasta con un peso especialísimo. ¿Me atreveré a pensar que en ese juego se me reveló, ya entonces, lo oscuro y germinante, el largo parentesco entre las cosas?



Manuel Álvarez Bravo y Octavio Paz. Fotografía de Colette Urbajtel

Era de las personas que entendía la tradición no como una herencia sino como una conquista. Viajaba mucho y en sus ensayos ataba muchos cabos, era muy interesante, erudito y explicaba las cosas claras.

JOAN BROSSA

No volveré a los pormenores de esa vivencia única de los primerísimos años cuando —bajo el granizo torrencial encima de la remota casa huérfana, vi al relámpago y lo oí; sobre todo lo oí cuando uno de mis siete hermanitos dijo como un conjuro la palabra primigenia en lo tetrasilábico y esdrújulo de su fulgor: RE-LÁM-PA-GO. Lo cierto es que a contar de ese minuto se me dio para siempre la revelación de la palabra, que pudo mucho más en mí que la coherencia toda del cielo.

Ya hombre, muchos años después vine a leer con cuidado a Heráclito y me fascinó el Fragmento 64 que dice así: "Pero el relámpago gobierna la totalidad del Mundo". Se impone de inmediato la conjetura: ¿puede la irrupción luminosa ofrecernos el dominio de la totalidad? Dejemos la respuesta a los filósofos. Lo más que puedo decir es que ese niño que fui yo —en esa noche de ese invierno de mi Lebu natal— recibió en lo centellante del fenómeno la iluminación del TODO y, desde ahí, del instante. Porque parece haber sido que ese niño hubiera alcanzado a descubrir en el parpadeo algo así como la fijeza en un raptó casi religioso. ¿Por qué razón y ya mucho más tarde, he venido a llamarle a la más extensa de mis colecciones poéticas justamente *Del relámpago*, publicada en México por Jaime García Terrés?

Pertenezco a la promoción literaria chilena de 1938 y dentro de ella al Grupo Mandrágora, con eje en el surrealismo parisino. Me enganché con Mandrágora sin mayor fascinación por el experimento, pero me enganché. Con obsesión de mirón, a ver qué pasaba con esa magia cuya leyenda ya me conocía: *Alraune* en alemán, *Mandrágora officinalis* en los países mediterráneos: una planta herbácea de la familia de las solanáceas como la dulcamara, la patata, la tomatera y el tabaco. Virtudes narcóticas, soporíferas,

afrodisíacas: lo maravilloso, *l'amour fou*, la belleza convulsiva. Raicillas en forma humana, de doble ejemplar: masculino y femenino. Si uno logra arrancar desde el fondo la figurilla femenina sin caer muerto ahí mismo adquiera de golpe el amor, la libertad, la gloria, la fortuna.

En la parca y estricta tradición de nuestras letras, ese momento se distingue por una mayor conciencia crítica del lenguaje y cierto proyecto de diálogo con el mundo, diálogo tal vez más coherente y lúcido, aunque sin duda menos creador que el de los grandes volcanes de la década del 20, más la presencia inmediata —geológica y geográfica— de otros dos grandes animales poéticos sudamericanos: Borges de Buenos Aires, y Vallejo del Perú. Teníamos 21 años, ése 38 y no era poco el desafío. Nuestro intento fue asumir ese legado con dignidad y contribuir a desaldeanizar a Chile o a "desmapochizar al Mapocho", río descolorido, aprendiz más o menos servil del Sena desde cuyas márgenes soñó sin embargo Rubén Darío su gran sueño al cierre del otro siglo.

Dije acaso demasiado sobre aquel plazo genealógico de nuestra invención poética con los nombres progenitores y demasiada insistencia en ese 38 de nuestros veinte años. Pero no contábamos en el minuto ilusorio de esa mocedad con que al cabo de 35 años —cuando la república asesinada— nos matarían sangrientamente la nieve.

Tal vez hablé mucho de Huidobro quien se me da tan próximo a Octavio en el aire de lo hiperlúcido. En efecto, no he conocido a otro que sembrara más libertad en mi cabeza de muchacho. Aunque sí, otro. Otro mucho más joven y mucho más próximo a mi plazo, cuando leí en el *Hijo pródigo* aquel ensayo que todavía leo: "Poesía de soledad y poesía de comunión". Ya estaba ahí el otro grande entre los fundadores de veras, el sigiloso y prodigioso Octavio Paz, que soñaba y pensaba como ninguno de los jóvenes en aquella hora del continente.

Ya estaba ahí ese precursor de lo distinto al cierre de este siglo que se va con nosotros; un fundador estricto. Un pensador en esta lengua que tanto amamos. Eso es él, y más. Un poeta necesario, lo mismo en nuestra España que en nuestra América.

Me honro con haber nacido y haber escrito en el mismo horizonte de tiempo del mexicano, y con publicar mis textos en *Vuelta*. Una vez escribí ese "Urgente a Octavio Paz", en mi libro *Del relámpago*. Ahí le dije casi todo. De veras, hermano mío, somos un parpadeo en la historia. ◀

A 29 de abril de 1998.